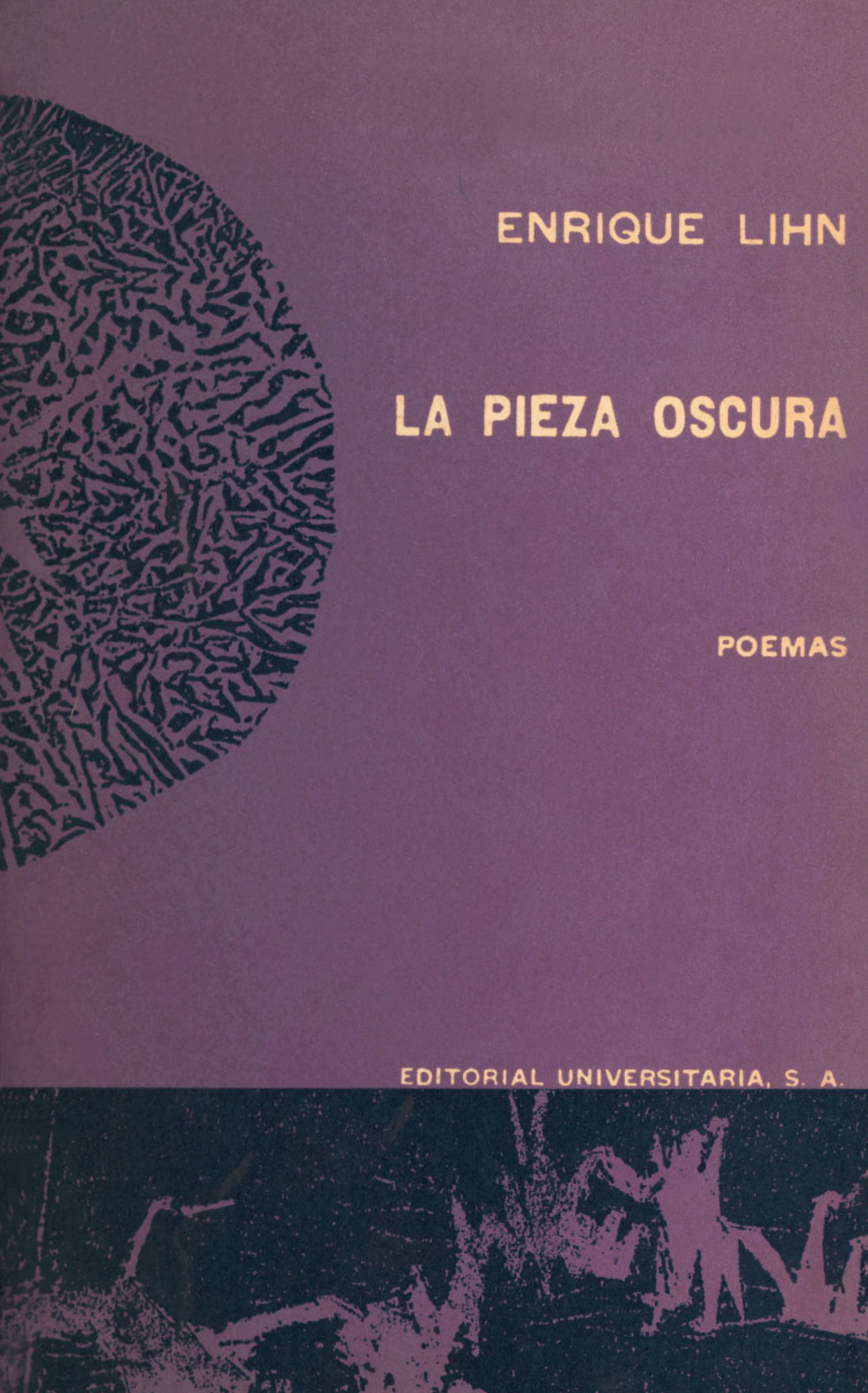

ENRIQUE LIHN
LA PIEZA OSCURA
POEMAS
EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

LA PIEZA OSCURA

1955-1962

Inscripción Nº 27.085.

Compuesto con Linotype Bodoni e impreso
en los talleres de Editorial Universitaria, S. A.
San Francisco 454.

Portada de Sibila Señoret.

Proyectó la edición Mauricio Amster.

ENRIQUE LIHN

LA PIEZA OSCURA

1955-1962

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

INDICE

HAY POETAS en Chile y Enrique Lihn es uno de ellos, uno de los verdaderos. Es, además, un poeta que reside en el valle de la poesía, sin que por eso se haya vuelto provinciano, sin que por eso viva del pasado, añorando otra época, ensoñando la "Arcadia" perdida. Otros, a la manera de Alejandro de Macedonia, simplemente cortaron el nudo "gordiano" y, con la espada en la mano, partieron hacia continentes hostiles para someterlos al imperio de la poesía por la agresión. Al menos uno de ellos empuñaba la espada mágica "excalibur". Enrique Lihn, con sus dedos sensibles y pacientes, deshace ese nudo cuando se le antoja y vaga tranquilamente en territorios extranjeros, sin que nadie lo resista. Los más audaces, en medio de la refriega, lo encuentran a su lado con las manos en los bolsillos, pero con los ojos abiertos y, aunque febril, alerta. Desaparece y luego regresa al terreno de lo poético. Enrique Lihn no está del todo bien como no lo está nadie. No obstante sale a peregrinar y, por eso, lo que nos dice fluye de la experiencia efectivamente tangible a la surrealista del delirio:

¿Nos perdimos realmente en el bosque? Esto podría ser como
el claro del sueño...
Las hojas nada dicen que no esté claro en las hojas...

sólo la fiebre habla de lo que en ella habla con una voz distinta cada vez.

La gran magia de la poesía de Enrique Lihn reside para mí, su lector, no tanto en la "música de sus ideas", como en el murmullo subterráneo, subjetivo, subsexo, subansia que la recorre. Nos produce un sobresalto como el rumor que anuncia un temblor y que pasa sin destruir nada, pero que agita el corazón porque nos deja con nuestra mortalidad anudada en el cuello y nuestra carne temblorosa, amarrada a la vida, a la angustia de sus deseos. Para usar sus propias palabras:

Imposible distinguir entre el sudor y las lágrimas que se disputan dos bocas resecas.

Schopenhauer decía: "la música nunca expresa los fenómenos, sólo el ser interior, la esencia de los fenómenos" y la poesía hace lo mismo, no cuando intenta ser música, un campanilleo de palabras plateadas, sino cuando sus imágenes surgen en oleadas y nos acosan en la sangre misma. La música "poética" de Lihn resuena en nosotros cuando sus imágenes se "empavonan" ellas mismas y, antes de que sean vistas del todo, se transmutan en sensación interna. El encuentro dialéctico entre la imagen y lo sentido la esfuma y termina en nosotros en una vibración tensa que gime. Dice:

Se levantan los años empavonados del aire que entra al
invernadero lleno de vidrios rotos
vidriándonos la noche de un bosque inexpugnable.

Esto no es mera vaguedad. La imprecisión denotativa no corresponde a una imprecisión emotiva. Se crea una lucha dialéctica de imagen y sentir, por cuanto "los años empavonados del aire" levantan, visualmente, una estructura muy semejante

al "invernadero lleno de vidrios rotos" y, sin embargo, esta estructura se deshace y entra "empavonada" al invernadero. Es que el empavonamiento de los años es otra cosa al del vidrio y, no obstante, los vidrios, al estar "rotos", pertenecen también al orden del tiempo. Finalmente, estamos perdidos en la "noche de un bosque inexpugnable" "vidriada". El choque de estas imágenes fragmentarias, desvanecientes, nos da una resonancia "empavonada", "vítrea". ¿Dónde estamos? Lo que "hay" es el bosque inexpugnable. Este bosque tiene . . .un pavoroso "adentro". El mundo poético de Lihn es un mundo que debemos arriesgarnos a explorar. Este libro nos da la oportunidad de ello.

JORGE ELLIOTT

A mis padres.

La mixtura del aire en la pieza oscura, como si el cielorraso hubiera
amenazado
una vaga llovizna sangrienta.
De ese licor inhalamos, la nariz sucia, símbolo de inocencia y de
precocidad
juntos para reanudar nuestra lucha en secreto, por no sabíamos
no ignorábamos qué causa;
juego de manos y de pies, dos veces villanos, pero igualmente dulces
que una primera pérdida de sangre vengada a dientes y uñas o,
para una muchacha
dulces como una primera efusión de su sangre.

Y así empezó a girar la vieja rueda —símbolo de la vida— la rueda
que se atasca como si no volara,
entre una y otra generación, en un abrir de ojos brillantes y un
cerrar de ojos opacos
con un imperceptible sonido musgoso.
Centrándose en su eje, a imitación de los niños que rodábamos de
dos en dos, con las orejas rojas —símbolos del pudor que saborea
su ofensa— rabiosamente tiernos,
la rueda dio unas vueltas en falso como en una edad anterior a la
invención de la rueda
en el sentido de las manecillas del reloj y en su contrasentido.

Por un momento reinó la confusión en el tiempo. Y yo mordí,
largamente en el cuello a mi prima Isabel,
en un abrir y cerrar del ojo del que todo lo ve, como en una edad
anterior al pecado
pues simulábamos luchar en la creencia de que esto hacíamos;
creencia rayana en la fe como el juego en la verdad
y los hechos se aventuraban apenas a desmentirnos
con las orejas rojas.

Dejamos de girar por el suelo, mi primo Angel vencedor de Paulina,
mi hermana; yo de Isabel, envueltas ambas
ninfas en un capullo de frazadas que las hacía estornudar —olor
a naftalina en la pelusa del fruto—.
Esas eran nuestras armas victoriosas y las suyas vencidas
confundiédose unas con otras a modo de nidos como celdas,
de celdas como abrazos, de abrazos como grillos en los pies
y en las manos.
Dejamos de girar con una rara sensación de vergüenza, sin conseguir
formularnos otro reproche
que el de haber postulado a un éxito tan fácil.
La rueda daba ya unas vueltas perfectas, como en la época de su
aparición en el mito, como en su edad de madera recién
carpintereada
con un ruido de canto de gorriones medievales;
el tiempo volaba en la buena dirección. Se lo podía oir avanzar hacia
nosotros
mucho más rápido que el reloj del comedor cuyo tic-tac se enardecía
por romper tanto silencio.
El tiempo volaba como para arrollarnos con un ruido de aguas
espumosas más rápidas en la proximidad de la rueda del molino,
con alas de gorriones —símbolos del salvaje orden libre— con
todo él por único objeto desbordante
y la vida —símbolo de la rueda— se adelantaba a pasar

tempestuosamente haciendo girar la rueda a velocidad acelerada,
como en una molienda de tiempo, tempestuosa.
Yo solté a mi cautiva y caí de rodillas, como si hubiera envejecido
de golpe, presa de dulce, de empalagoso pánico
como si hubiera conocido, más allá del amor en la flor de su edad,
la crueldad del corazón en el fruto del amor, la corrupción
del fruto y luego... el carozo sangriento, afiebrado y seco.

¿Qué será de los niños que fuimos? Alguien se precipitó a encender
la luz, más rápido que el pensamiento de las personas mayores.
Se nos buscaba ya en el interior de la casa, en las inmediaciones del
molino: la pieza oscura como el claro de un bosque.
Pero siempre hubo tiempo para ganárselo a los sempiternos
cazadores de niños. Cuando ellos entraron al comedor, allí
estábamos los ángeles sentados a la mesa
ojeando nuestras revistas ilustradas —los hombres a un extremo, las
mujeres al otro—
en un orden perfecto, anterior a la sangre.

En el contrasentido de las manecillas del reloj se desatascó la rueda
antes de girar y ni siquiera nosotros pudimos encontrarnos
a la vuelta del vértigo, cuando entramos en el tiempo
como en aguas mansas, serenamente veloces;
en ellas nos dispersamos para siempre, al igual que los restos de un
mismo naufragio.
Pero una parte de mí no ha girado al compás de la rueda, a favor de
la corriente.
Nada es bastante real para un fantasma. Soy en parte ese niño que
cae de rodillas
dulcemente abrumado de imposibles presagios
y no he cumplido aún toda mi edad
ni llegaré a cumplirla como él
de una sola vez y para siempre.

Nada se pierde con vivir, ensaya;
aquí tienes un cuerpo a tu medida.
Lo hemos hecho en sombra
por amor a las artes de la carne
pero también en serio, pensando en tu visita
como en un nuevo juego gozoso y doloroso;
por amor a la vida, por temor a la muerte
y a la vida, por amor a la muerte
para ti o para nadie.

Eres tu cuerpo, tómalo, haznos ver que te gusta
como a nosotros este doble regalo
que te hemos hecho y que nos hemos hecho.
Cierto, tan sólo un poco
del vergonzante barro original, la angustia
y el placer en un grito de impotencia.
Ni de lejos un pájaro que se abre en la belleza
del huevo, a plena luz, ligero y jubiloso,
sólo un hombre: la fiera
vieja de nacimiento, vencida por las moscas,
babeante y resoplante.

Pero vive y verás
el monstruo que eres con benevolencia

abrir un ojo y otro así de grandes,
encasquetarse el cielo,
mirarlo todo como por adentro,
preguntarle a las cosas por sus nombres
reír con lo que ríe, llorar con lo que llora,
tiranizar a gatos y conejos.

Nada se pierde con vivir, tenemos
todo el tiempo del tiempo por delante
para ser el vacío que somos en el fondo.
Y la niñez, escucha:
no hay loco más feliz que un niño cuerdo
ni acierta el sabio como un niño loco.
Todo lo que vivimos lo vivimos
ya a los diez años más intensamente;
los deseos entonces
se dormían los unos en los otros.
Venía el sueño a cada instante, el sueño
que restablece en todo el perfecto desorden
a rescatarte de tu cuerpo y tu alma;
allí en ese castillo movedizo
eras el rey, la reina, tus secuaces,
el bufón que se ríe de sí mismo,
los pájaros, las fieras melodiosos.
Para hacer el amor, allí estaba tu madre
y el amor era el beso de otro mundo en la frente,
con que se reanima a los enfermos,
una lectura a media voz, la nostalgia
de nadie y nada que nos da la música.

Pero pasan los años por los años
y he aquí que eres ya un adolescente.
Bajas del monte como Zaratustra
a luchar por el hombre contra el hombre:

grave misión que nadie te encomienda;
en tu familia inspiras desconfianza,
hablas de Dios en un tono sarcástico,
llegas a casa al otro día, muerto.
Se dice que enamoras a una vieja,
te han visto dando saltos en el aire,
prolongas tus estudios con estudios
de los que se resiente tu cabeza.
No hay alegría que te alegre tanto
como caer de golpe en la tristeza
ni dolor que te duela tan a fondo
como el placer de vivir sin objeto.
Grave edad, hay algunos que se matan
porque no pueden soportar la muerte,
quienes se entregan a una causa injusta
en su sed sanguinaria de justicia.
Los que más bajo caen son los grandes,
a los pequeños les perdemos el rumbo.
En el amor se traicionan todos:
el amor es el padre de sus vicios.
Si una mujer se enternece contigo
le exigirás te siga hasta la tumba,
que abandone en el acto a sus parientes,
que instale en otra parte su negocio.

Pero llega el momento fatalmente
en que tu juventud te da la espalda
y por primera vez su rostro inolvidable en tanto huye de ti que
la persigues
a salto de ojo, inmóvil, en una silla negra.
Ha llegado el momento de hacer algo
parece que te dice todo el mundo
y tú dices que sí, con la cabeza.
En plena decadencia metafísica

caminas ahora con una libretita de direcciones en la mano,
impecablemente vestido, con la modestia de un hombre joven que se abre paso en la vida
dispuesto a todo.
El esquema que te hiciste de las cosas hace aire y se hunde en el cielo dejándolas a todas en su sitio.
De un *tiempo* a esta parte te mueves entre ellas como un pez en el agua.
Vives de lo que ganas, ganas lo que mereces, mereces lo que vives;
has entrado en vereda con tu cruz a la espalda.
Hay que felicitarte:
eres, por fin, un hombre entre los hombres.

Y *así llegas* a viejo
como quien vuelve a su país de origen
después de un breve viaje interminable
corto de revivir, largo de relatar
te espera en ti la muerte, tu esqueleto
con los brazos abiertos, pero tú la rechazas
por un instante, quieres
mirarte larga y sucesivamente
en el espejo que se pone opaco.
Apoyado en lejanos transeúntes
vas y vienes de negro, al trote, conversando
contigo mismo a gritos, como un pájaro.
No hay tiempo que perder, eres el último
de tu generación en apagar el sol
y convertirte en polvo.

No hay tiempo que perder en este mundo
embellecido por su fin tan próximo.
Se te ve en todas partes dando vueltas
en torno a cualquier cosa como en éxtasis.

De tus salidas a la calle vuelves
con los bolsillos llenos de tesoros absurdos:
guijarros, florecillas.
Hasta que un día ya no puedes luchar
a muerte con la muerte y te entregas a ella
a un sueño sin salida, más blanco cada vez
sonriendo, sollozando como un niño de pecho.

Nada se pierde con vivir, ensaya:
aquí tienes un cuerpo a tu medida,
lo hemos hecho en la sombra
por amor a las artes de la carne
pero también en serio, pensando en tu visita
para ti o para nadie.

Y bien, eso era todo.
Aquí tiene la vida, mírese en ella como en un espejo,
empáñela con su último suspiro.
Este es Ud. de niño, entre otros niños de su edad;
¿se reconocería a simple vista?
Le han pegado en la cara, llora a lágrima viva,
le han pegado en la cara.

Allí está varios años después, con su abuelo
frente al primer cadáver de su vida.
Llora al viejo, parece que lo llora
pero es más bien el miedo a lo desconocido.
El vuelo de una mosca lo distrae.

Y aquí vienen sus vicios, las pequeñas alegrías de un cuerpo
reducido a su mínima expresión,
quince años de carne miserable;
y las virtudes, ciertamente, que luchan
con gestos más vacíos que ellas mismas.
Un gran amor, la perla de su barrio
le roba el corazón alegremente
para jugar con él a la pelota.
El seminario, entonces,
le han pegado en la cara. Ud. pone la otra;

pero Dios dura poco, los tiempos han cambiado
y helo aquí cometiendo una herejía.
Véase en ese trance, eso era todo:
asesinar a un muerto que le grita: no existo.
Existen Marx y el diablo.

Recuerde, ese es Ud. a los treinta años;
no ha podido casarse
con su mujer, con la mujer de otro.
Vive en un subterráneo, en una cripta
de lo que se le ofrece, sin oficio,
esqueléticamente, como un santo.
Del otro mundo viene ciertas noches
a visitarlo el padre de su padre:
—Vuelve sobre tus pasos, hijo mío, renuncia
al paraíso rojo que te chupa la sangre.
Total, si el mundo cambia a cañonazos,
antes que nada morirán los muertos.
Piensa en ti mismo, instala tu pequeño negocio.
Todo empieza por casa.

Mírese bien, es Ud. ese hombre
que remienda su única camisa
llorando secamente en la penumbra.
Viene de la estación, se ha ido alguien,
pero no era el amor, sólo una enferma
de cierta edad, sin hijos, decidida a olvidarlo
en el momento mismo de ponerse en marcha.
Ud. se pone en su lugar. No sufre.
¿Eso era el amor? Y bien, sí, era eso.
Tranquilo. Una mujer de cierta edad. Tranquilo.
Mírela bien, ¿quién era? Ya no la reconoce,
es ella, la que odia sus calcetines rotos,
la que le exige y le rechaza un hijo,

la que finge dormir cuando Ud. llega a casa,
la que le espanta el sueño para pedirle cuentas,
la que se ríe de sus libros viejos,
la que le sirve un plato vacío, con sarcasmo,
la que amenaza con entrar de monja,
la que se eclipsa al fin entre la muchedumbre.

Y bien, eso era todo. Véase Ud. de viejo
entre otros viejos de su edad, sentado
profundamente en una plaza pública.
Agita Ud. los pies, le tiembla un ojo,
lo evitan las palomas que comen a sus pies
el pan que Ud. les da para atraérselas.
Nadie lo reconoce, ni Ud. mismo
se reconoce cuando ve su sombra.
Lo hace llorar la música que nada le recuerda.
Vive de sus olvidos
en el abismo de una vieja casa.
¿Por qué pues no morir tranquilamente?
¿A qué viene todo esto?
Basta, cierre los ojos;
no se agite, tranquilo, basta, basta.
Basta, basta, tranquilo, aquí tiene la muerte.

Dirán que se ha dormido para siempre, dirán
que un ala color fuego y otra color ceniza
el ángel de su voz baja por ella
lleno de un Cristo único: impaciente en la espera;
que esperezándose de su vida profunda
nunca bien conciliada como sueño de exilio
con ojos que sus ojos de polvo le cegaron
todo lo ve en su Dios que lo ve todo.
Y cae allí donde estuvo su pecho
desenredado el nudo que la hizo cantar;
silencio ahora guarda, feliz, como de niño.
Dirán que está en la Gloria.

Dirán que está en la Gloria y que se encuentra en ella
una a una sus pérdidas como en un arenal
donde acampara el reino del que fue reina.
Su madre se le ofrece nuevamente en la jarra
en que le bebe el rostro con el suyo mil años.
Se yergue y he ahí los niños que no tuvo;
su amor luce en el cielo carne y hueso divinos.
Jóvenes de otra edad, fantasmas vivos
callan para que hable y es en Elqui, su valle
a un paso de países que le dan alegría.
Dirán que es suyo el seno de los suyos.

"Son palabras, palabras" creo oirle a la tierra
que, como siempre tiene la razón, coge y muele
su presa en un silencio que desvela a las víboras.

Palabras, sí. Pero algo suena en ellas
como en un verso mío un verso suyo
de vivo y cierto y creo y se abre el cielo
bajo la sombra que le da mi mano.
No hay secreto ninguno en el azul
que no sea el azul de su secreto
y si otro mundo existe el sol lo abrazaría.
Enero corre incrédulo, apegado a sus días
hombre y buey a la vez, perro salvaje...

Y un absurdo solemne se prepara:
una misa solemne.
No me muevo de aquí, no bajo a la ciudad,
viene en su lugar otra que era apenas su sierva.
La tierra apoderada del cuerpo de Gabriela
bailará al paso lento del cortejo en las calles
y el Cristo mendicante que amó como mendiga
será sólo una cruz de una pieza, dorada
esplendorosa y fría como treinta monedas.
Niñas de blanco, en blanco, demasiado inocentes
bostezarán el sol hasta que entre en escena
seguido del ejército su primo, el gran soldado.

No me muevo de aquí donde está ella,
en su libro, en su voz que le leemos
toda una noche de cerrada vigilia.
Agua que se bebió vuelve a embriagarnos
de una sed, maravilla de las aguas.
Compañía nos hace el pan, su hermano
y la sal que aprendieron, poco a poco, sus sienes.

Envejecemos con sus criaturas
en el desierto que las guarda vivas
para un día feliz no venidero;
y muere, ante nosotros, la extranjera
en una soledad que nos ahoga.

Cabe en un redondel de luz la América
que un corazón contuvo en un gesto de amor.
La vida innominada no vive en nuestra vida
y cuando es justa como lo es su palabra
parece que las cosas sólo existen
para corroborarla desde lejos.
Al sol del Trópico lo alumbra Gabriela
la que levanta a signos toda una cordillera;
y el maíz tiene ojos que ella mira y la miran
innumerablemente como a madre giganta
como el verde amarillo de agradecimiento.
Mil años esperaron que naciera, sus hijos.

Y no ha nacido el día de los días para ella
cuerpo sólo es ahora que se encarna en la tierra,
ola que pierde espumas de su nombre
en la fosa común del mar del fondo.
Por mi parte yo nada le deseo,
busco su dicha allí donde encontró su dicha;
el canto, cuando es bello, cura el dolor que mienta
y le sobra belleza para el dolor más ancho.
Creo verla poner a su desgracia
el rostro grave y dulce que espejea en su verbo.
Escuchémosla hablar, roto el silencio
no atinaremos a llamarla ausente.

¿*Qué será de nosotros, ahora? ¿Nos sorprendió esa noche, para siempre en el bosque*
infundiéndonos el sueño de la herrumbre del pozo o reencontramos en la tarde el buen camino familiar
y se nos hizo un poco tarde en el jardín un poco noche junto al invernadero
las narices, las manos empavonadas de bosque, las manos maculadas de herrumbre del brocal, el escozor en las orejas flagrantes, el cuerpo del delito pegado a las orejas:
la picadura, el rastro de un insecto benigno?

¿O nos perdimos, realmente, en el bosque? Esto podría ser como el claro del sueño:
nuestra presencia en la que no se repara si no como se admite el recuerdo agridulce de los niños
bien entrada la noche, cuando en una penosa reunión familiar todo el mundo se ha esforzado en vano
por retenerlo arriba, en la clausurada pieza de juegos. Porque algo nos diría sin duda
este jardín que habla si estuviéramos despiertos; pero entre él y nosotros (nos hemos entregado
a nuestra edad real como a una falsa evidencia)
se levantan los años empavonados del aire que entra al invernadero lleno de vidrios rotos
vidriándonos la noche de un bosque inexpugnable.

Y allí afuera no hay nadie, todo el mundo lo diría si lo preguntáramos
en voz alta; y si se nos escuchase preguntarlo; o si se consintiera
en recoger esta absurda pregunta. Nadie, salvo el reflejo difuso de
todos los rostros
en los vidrios intactos empavonados de nadie.

Las hojas nada dicen que no esté claro en las hojas. Nada dice la
memoria
que no sea recuerdo; sólo la fiebre habla de lo que en ella habla
con una voz distinta, cada vez. Sólo la fiebre
es diferente al ser de lo que dice.
Y allí afuera no hay nadie

Pero, ¿qué será de nosotros ahora?

NAVIDAD

¿Tendremos el valor de reunirnos esta noche
padres y hermanos, la novia que no tiene a donde ir, el vecino
cordial?
Y el buen amigo de la infancia —qué sería de ella sin él—
¿encontrará esta noche
el buen camino entre su corazón y el nuestro?

El cardo ha destronado a los niños que fuimos y fantasmas perdidos
en el reino del cardo
buscamos una calle en el desierto, la calle de la infancia,
el buen camino entre el polvo y nosotros,
nuestras lágrimas en los charcos de agua pantanosa.

¿Qué será de nosotros. Volvimos, entonces, sobre nuestros pasos
o de esa rápida escena familiar
los atolondrados actores fuimos falsos testigos y, mientras se nos
obligaba a prometer
que desistiríamos de repetir la aventura, ella que todo lo había tomado
de nosotros
ligándonos a su destino nos abandonaba a la miseria del nuestro?
Nuestros padres nos reservaron un despertar olvidadizo. El pozo
fue cegado
y en el camino de la selva se levantaba una tapia; en un jardín
como otros, nada que recordara
la migración de los pequeños salvajes.

Y se nos cuenta acaso entre el número de los ausentes
que es forzoso admitir en toda reunión, una especie de fantasmas
pero de esos que nadie invocaría, pues siempre están allí, en su lugar
esperando el momento de aparecer en escena, sólo por un momento
que nadie les disputa
y que nadie quisiera disputarles.

"Volveremos a la vida", nos prometieron las flores
por boca de su hermana mayor. Me parece estar viéndola. De pie
frente a la mesa ofreciéndonos el canastillo
donde las frutas confirmaban a las flores. "Sí. Sí. Como nosotras".
Está claro que el sol entra también por los oídos; sucede cuando
uno cree escuchar visiones,
porque, de veras, las flores dijeron por su boca, en un momento
de ansiedad: "Volveremos a la vida".
O bien: "¿Vendrán Uds. el año que viene?" Y algo así como:
"Entonces, los conejos..."

La tentación es el primer recurso de la mujer y el último.
En esa aldea tan próxima al cielo lo natural era que la serpiente
jugara un pequeño papel
como antes de entrar al paraíso, cuando éste era un pueblo entre
otros, el tosco letrero de madera borrado por el polvo de la
gran ruta.

Sí, se asiste al nacimiento del mundo en las aldeas que visitamos
sólo una vez
cuyo camino extraviaríamos si se nos ocurriera rehacerlo.
El agua se distingue apenas de la luz, la tierra abraza en los rincones,
la tierra color fuego que, de repente, fluye,
los elementos no responden sino al eco de su nombre.

EPISODIO

No me resolví nunca a abandonar la casa en el momento oportuno.
Del otro lado del cerco se me hicieron las señales convenidas.
La trepidación de un viejo automóvil, el graznido de las gaviotas
y se abstuvieron ya de razonar y de advertir
hundiéndose en el polvo victorioso, con la cabeza pesada.

Este gallo que viene de tan lejos en su canto,
iluminado por el primero de los rayos del sol;
este rey que se plasma en mi ventana con su corona viva, odiosamente,
no pregunta ni responde, grita en la Sala del Banquete
como si no existieran sus invitados, las gárgolas
y estuviera más solo que su grito.

Grita de piedra, de antigüedad, de nada,
lucha contra mi sueño pero ignora que lucha;
sus esposas no cuentan para él ni el maíz que en la tarde lo hará
besar el polvo.
Se limita a aullar como un hereje en la hoguera de sus plumas.
Y es el cuerno gigante
que sopla la negrura al caer al infierno.

I

Barro, rencor inagotable. Toda otra fuente termina por ceder
a la presión de esta materia original.
Los días del agua están contados, pero no así los días del barro
que sustituye al agua cuando ciegan el pozo.
No así los días del barro que nos remontan al séptimo día.
De niños jugábamos con él, nada tiene de extraño que juegue con
nosotros.
los creados a imagen y semejanza suya.

II

Dios padre, Dios hijo, Dios espíritu santo:
tierra y agua; luego el barro que en el principio era.
Un solo sentimiento en el origen de todos:
este rencor inagotable.

III

Tarde o temprano volveremos a ser razonables.
Está en el orden de las cosas, nada se sabe de ellas mientras no las
tomamos con relativa calma,
como si nada hubiera sucedido.

IV

No hay más extraño que uno. Es la apariencia de otro quien terminó
por frecuentarnos,
por aceptar finalmente una invitación reiterada.
Me pareció ver a mi sombra cuando le abrí la puerta, justo en el
momento en que íbamos a salir.
La función había comenzado. "Adelante. Adelante".
"Te estábamos esperando", dije yo y ella dijo: "No reconozco a los
ingratos"
con un curioso temblor en la voz.

Buscábamos un subsuelo donde vivir,
cualquier lugar que no fuera una casa de huéspedes. El paraíso perdido
tomaba ahora su verdadero aspecto: unos de esos pequeños departamentos
que se arriendan por un precio todavía razonable
pero a las seis de la mañana. "Ayer, no más, lo tomó un matrimonio joven".
Mientras íbamos y veníamos en la oscuridad en direcciones capciosas.
El hombre es un lobo para el hombre y el lobo una dueña de casa de pensión con los dientes cariados, húmeda en las axilas, dudosamente viuda.
Y allí donde el periódico nos invitaba a vivir se alzaba un abismo de tres pisos:
un nuevo foco de corrupción conyugal.

Mientras íbamos y veníamos en la oscuridad, más distantes el uno del otro a cada paso
ellos ya estaban allí, estableciendo su nido sobre una base sólida,
ganándose la simpatía del conserje, tan hosco con los extraños
como ansioso de inspirarles gratitud filial.
"No se les habrá escapado nada. Seguramente el nuevo ascensorista recibió una propina".
"La pareja ideal". A la hora justa. En el momento oportuno.

De ellos, los invisibles, sólo alcanzábamos a sentir su futura presencia
en un cuarto vacío:
nuestras sombras tomadas de la mano entre los primeros brotes del
sol en el parquet,
un remanso de blanca luz nupcial.

"Pueden verlo, si quieren
pero han llegado tarde".
Se nos hacía tarde.
Se hacía tarde en todo.
Para siempre.

DESTIEMPO

Nuestro entusiasmo alentaba a estos días que corren
entre la multitud de la igualdad de los días.
Nuestra debilidad cifraba en ellos
nuestra última esperanza.
Pensábamos y el tiempo que no tendría precio
se nos iba pasando pobremente
y estos son, pues, los años venideros.

Todo lo íbamos a resolver ahora.
Teníamos la vida por delante.
Lo mejor era no precipitarse.

ZOOLOGICO

Las palabras que callo cambiarán de sentido:
yo no puedo decir una cosa por otra, la poesía no se hace en los labios
sólo puedo llamarte por tu nombre, lo siento. Aunque del lado tuyo
esté la tierra
y te parezcas como nunca al amor, bajo la astucia de sus manos
que encaminan los pasos de cada una de sus hijas.

Sí, todas las mujeres se te parecen, ahora que no te pareces a ninguna
bajo este sol que vuelve a mirarnos de frente como en los buenos
días.
Al alcance de la aridez de la memoria, allí ensaya el olvido un canto
como de aguas,
una inocente canción sin asunto que uno terminaría por aprender
a oír.
Y se está bien caminando a tu lado en cualquier dirección, del
lado de la tierra,
en dirección al zoológico donde el mono espera en su cátedra
para enseñar al hombre la gracia original, la impudicia, la alegría,
la ternura originales,
el desdén por la miseria en que lo educa su locura.

Bello desierto de la inteligencia poblado estrechamente por el
capricho del instinto
que gusta de encarnarse en variados disfraces.

Esta isla absorbida por su único ídolo viviente es un camello.
Nadie más monstruoso que este náufrago de la carne en la carne;
pero él ignora otro culto que el propio
y no se reconoce en los demás ni en sí mismo.
También del lado suyo está la tierra que no hace distinción entre ninguno de sus siervos.
El horrible bufón cuenta con la piedad de la reina, su madre;
ella trabaja para él en la doble gruta hermética:
le adereza la cena frugal, cuida de que el desierto no le provoque en sueños
al despertar, la náusea del exilio,
y la bestia es un cauce por el que, en un tumulto de frescura, el olvido celebra su triunfo a toda orquesta,
una inocente canción sin asunto que uno terminaría por entonar.

Y se está bien caminando a tu lado en cualquier dirección, del lado de la tierra.
Frente a la jaula de las aves acuáticas, la poesía vuelve a hacerse en los labios.
Es una exclamación, por un instante, como cuando fue dicha la primera palabra;
las hadas no vivieron en un palacio semejante, porque en la fantasía ¿pudieron ser tan bellas
como lo son de hecho estos dibujos lineados en la altura, por el ocio del cielo?
Y es de nuevo el amor el tema de esta danza. Ni un drama alegre ni una triste comedia,
una acción que no vuelve sobre sí misma, deteniéndose, para dar lugar a un problema de conciencia.
La ceguera del acto puro, diré en términos que quisieran retener el resplandor de estos tres pares de alas
más blancas que la nieve de otro mundo;
el amor en su ceguera de acto puro, sin asomo de corazón ni de cabeza.

En esta lucha la perdedora es la vida, la triunfadora es la vida
y, cuando la balanza emplumada se incline por uno de los finos guerreros
ya el otro estará pronto a incorporarse —armonía del triángulo— par del esposo en privilegios.
Sus hermanos lo olvidan ahora, ellos giran del lado de la tierra
como un solo diseño de elegancia febril en el que todo trazo se define por otro.
Los largos cuellos se evitan en lo alto, alternativamente ascienden y descienden
para que no venga a turbar la ceremonia ni el más ligero juego de miradas con el calor que humaniza a las máscaras.
Ojos como de peces bastan al sacerdote cuyo templo es el huevo, para quien la pasión es sólo el desarrollo de su templo en la tierra;
y la sacerdotisa del amor por la especie pudo nacer en medio de los hielos donde se ignora la ternura.
Con todo, ésta es la primavera al desnudo. El engaño nos mueve a abandonar un espectáculo del que fuera expulsado
y henos aquí, otra vez, cristianamente, en la exclusión de las aves del cielo. En un sábado inglés, por la tarde.

Los rostros son trampas en que caen los rostros y el corazón tiene la palabra:
"Olvida —dice— olvida, olvida. Que los muertos entierren a sus muertos.
¿De dónde viene esta floración, este verdor, sino de tu necesidad de revivir?
Ni siquiera recuerdas a nadie. Todos los fantasmas son iguales.
¿Dónde se dice herido quien no siente dolor? ¿Qué es la historia de un hombre comparada con la historia del hombre?
Eres el hombre, ahora, el individuo, un ciudadano, un joven sin problemas que pasea con una muchacha hasta altas horas de la tarde.

¿Qué es tu pequeña historia comparada con tu historia?
Aquí tienes la vida bajo su única forma: el momento que vives, el día de mañana.
En todo lo demás te engaña la memoria, sólo la tierra recuerda a lo vivo.
Las nuevas hojas de este árbol recuerdan a las antiguas hojas, no obstante mira cómo.

Y se está bien caminando a tu lado, del lado de la tierra que hace hablar por ella al corazón, sin descanso
en un viejo lenguaje enjoyado de lugares comunes.
Una inocente canción sin asunto que yo también podría aprender fácilmente.
Pero el amor no se hace en los labios, la poesía no vuelve con las hojas.
Ella florece en el destierro, nunca en la misma estación, de año en años
y yo soy la serpiente, casi invisible en su celda de vidrio, en el rincón más sombrío del parque,
ajena a la curiosidad que apenas despierta, ajena a los intereses de la tierra, su madrastra;
yo soy ese insensible amante de sí mismo que duerme con astucia, mientras todo despierta.

Todo lo podría condenar igualmente, no se me pregunte en nombre
de qué.
En nombre de Isaías, el profeta, pero con el grotesco gesto
inconcluso de su colega Jonás
que nunca llegó a cumplir su pequeña comisión sujeto a los altos
y bajos
del bien y del mal, a las variables circunstancias históricas
que lo hundieron en la incertidumbre de un vientre de ballena.
Como Jonás, el bufón del cielo, siempre obstinado en cumplir su
pequeña comisión, el porta-documentos incendiario bajo la
axila sudorosa, el paraguas raído a modo de pararrayos.
Y la incertidumbre de Jehová sobre él, indeciso entre el perdón y
la cólera, tomándolo y arrojándolo, a ese viejo instrumento
de utilidad dudosa
caído, por fin, en definitivo desuso.

Yo también terminaré mis días bajo un árbol
pero como esos viejos vagabundos ebrios que abominan de todo
por igual, no me pregunten
nada, yo sólo sé que seremos destruidos.
Veo a ciegas la mano del señor cuyo nombre no recuerdo,

los frágiles dedos torpemente crispados. Otra cosa, de nuevo, que nada tiene que ver. Recuerdo algo así como...
no, no era más que eso. Una ocurrencia, lo mismo da. Ya no sé a dónde voy otra vez.
Asísteme señor en tu abandono.

No hemos nacido para el canto sino para el acopio
de las palabras en el rechinar de los dientes.
La música fue toda bondad. No hemos nacido
sino para la sedicente murmuración, silenciosos
del ruido en que envolvemos nuestras voces
al caer de la tarde como a un pozo sin fondo
—toda ciega bondad— en el patio
constelado de viejos enfermos apacibles.

Nuestra es la fiebre que declina y no amaina, impenetrable
al sol de la locura, el calentarse de los huesos
en la ceguera del patio lluvioso.
Se encerró a los dementes sobre nuestras cabezas que recalienta
y pudre
la imagen latente del sol y por sí solas se nos abrieron las verjas
transfundidos el hierro y la herrumbre, llegado que fue el
tiempo
en que ni aun la tierra permanece. Sólo el vaho
y la siembra del musgo en los jardines eriáceos.

No hemos nacido para el amor, hemos nacido para el coito
que embadurna la sangre
de la maceración de su semilla, para el débil soplar sobre el
rescoldo

como si el aliento fuera ceniza y la carne el erial en que se
recalienta,
al calor de las piedras, un guiso sangriento.
La última cena de la tribu cuando todo es arena
—la noche misma— en la extensión de la noche
y el viento seca un paraíso disperso:
el alforfón y la escanda silvestre.
Imposible distinguir entre el sudor y las lágrimas
que se disputan dos bocas resecas.

Y viejos vecinos de pieza de la muerte seguiremos plegándonos
a los caprichos de la dueña de casa, persistentes y dóciles
al igual que la impronta de la humedad en los muros, como la
pasiva infiltración de las larvas
en los zócalos pringados de lavazas.
La confianza sabrá dispensarnos
a los amigos de la casa de los dolores del pánico.

El hijo único sería el mayor de sus hermanos
y en su orfandad algo tiene de eso
que se entiende por la palabra mayor. Como si también ellos
hubieran muerto
sus imposibles hermanos menores.
Mucho más riguroso que el luto repartido
es el suyo: la muerte lo cortó a su medida,
lo cosió, lenta, con extrema finura
mientras el padre se iba transfundiendo en el hijo,
lo envejecía a fuerza de crearlo a su imagen
—niño otra vez el hombre, hombre otra vez el niño—
en noches tan oscuras como el luto que llevan.

Y el hijo tiene algo de un hermano mayor
como si lo rodeáramos, nonatos, mientras él nace por segunda vez
a una vida más grave que la nuestra.
Alguien se mira en él con los ojos cerrados,
gravita su silencio
sobre nuestras palabras sin objeto.

Ni aun la muerte pudo igualar a estos hombres
que dan su nombre en lápidas distintas
o lo gritan al viento del sol que se los borra:
otro poco de polvo para una nueva ráfaga.
Reina aquí, junto al mar que iguala al mármol,
entre esta doble fila de obsequiosos cipreses
la paz, pero una paz que lucha por trizarse,
romper en mil pedazos los pergaminos fúnebres
para asomar la cara de una antigua soberbia
y reírse del polvo.

Por construirse estaba esta ciudad cuando alzaron
sus hijos primogénitos otra ciudad desierta
y uno a uno ocuparon, a fondo, su lugar
como si aún pudieran disputárselo.
Cada uno en lo suyo para siempre, esperando,
tendidos los manteles, a sus hijos y nietos.

CALETA

En esta aldea blanca de oscuros pescadores
el amor vive a dos pasos del odio
y la ternura, muerta, se refugia en el sueño
que agranda la mirada del loco del villorrio.

Amanecer: el mar se duerme bajo el sol
como un gigante ebrio después de una batalla;
alguien perdió la vida, anoche, entre sus manos
enguantadas de blanco, más crueles que la nieve.
Pero los compañeros del caído volvieron
en sus valvas ahitas de sangrienta semilla
y extienden en la arena sus trofeos agónicos.

Mediodía: a la mesa se sientan los tatuados
y sus mujeres les guardan las espaldas
atentas al peligro de sus gestos que ordenan
otro vaso de vino
más loco cada vez.
Luego, la guerra a vida entre los sexos
y los gañanes bajan a la playa
como a una amante más que escarnecieran
a remar en un sueño furioso de borrachos.

Varadero del sol herido a cielo
en la línea de fuego de las olas.

Es hora de ir al mar a capturar sus pájaros
si una riña de hombres, de perros o de gallos
no retiene en la orilla la jauría de barcas.

La noche trae un poco de alma a la caleta:
un poco de agua dulce que en los ojos del loco
se enturbia en el olvido de sí misma.
Alguien que no he podido olvidar se me agranda
como la ola a un mar preso de luna
y golpea mi cara por dentro hasta cegarme.

En la antiséptica Sala del Consejo se entronizó una cabeza
emplumada
y, como si nada hubiera ocurrido en mil años, volvió a reinar allí
un silencio estruendoso
que el fuego iba a romper con su única palabra
sobre la piedra de los sacrificios.
Los eternos muchachos de siempre adoptaron la postura ritual,
desnudos hasta la cintura con los pies sobre la mesa, masticando
tabaco
sus tatuajes hablaban por ellos, esos tesoros de la infancia
eran el mismo número de una revista ilustrada
y al final de la historia allí estaban reunidos
esperando el resultado de la elección de su víctima.

Se hizo la señal de la cruz de la espada.
Se desenjauló al águila heráldica en la puerta del servicio,
aconsejándole que hiciera una carnicería con calma
sin perder una pluma delatora. Se tomaron otras medidas absurdas.
Se trajo el lavamanos a la mesa del joven emperador para unas
manos ensangrentadas de tinta.
Se acusó recibo de sus cartas asesinas, en un inglés tropical
terriblemente obsequioso.

Afuera se marcaba el mal paso en sordina. Se esperó todavía
unas horas en el patio
por si allí arriba se olvidaban de algo.
Y los mercenarios entonaron el himno
de la jauría en dirección a la isla.

Tú que no has abandonado la arraigada costumbre
de tu belleza ni el hábito de hablarnos al oído
como si todo fuera materia de secreto —recordaba tu voz,
"hermana del silencio"— o como si algo o alguien más o menos
temible
pudiera despertar entre nosotros.
Que cuidas, como entonces, de tus manos que tactan
la oscuridad latente, sin forma, de las cosas,
asombradas y sabias, volviendo a su indolencia
por un poco de vaga certidumbre.
Que seguirás soñando, despierta, que despiertas
como si nada hubiera sucedido
demasiado real: *Aquí estoy otra*
vez
en lo mismo de siempre.
En la ciudad de tus sueños bilingües —Londres 1941— que ellos
reconstruyeron para ti, a imagen de tu alma frágil y olvidadiza.
El bombardeo empezó con un baile: neurosis colectiva en la intimidad
de los espacios vacíos, en una boite de lujo atestada de
sonámbulos
entre esos viejos amigos ocasionales —el amor sangrando por la nariz,
con los dientes trizados y verdaderamente ciego—
la confusión de los rostros bajo un mismo resplandor, el burbujeo de
los rostros como pompas de fuego,

una olla de grillos en una olla de grillos y una advertencia de ceniza en el aire,
los primeros auxilios a los primeros muertos, los últimos auxilios sin orden ni concierto,
el eclipse de los espejos de luna, victorianos, la oscilación de las lámparas de lágrimas —histeria colectiva en el corazón de la nobleza— a punto de estallar en sí mismas.

Algo bastante peor que la Guerra de las Rosas. —*¿Y si el Buckingham House fuera el Arca de Noé?— Los cisnes aprendieron a volar. Olvidémoslos.*
—Nadie sabe de nada ni de nadie.—HydePark, ¿serías la Torre de Babel? —Este es el fin del mundo de habla inglesa.
—Esto es el fin del mundo. ¿Hay una isla en el cielo? ¿Defraudaremos allí a nuestras colonias?

En la ciudad que tú habrás mantenido en el orden del corazón como en un cofrecillo bajo llave. Una llave extraviada, a conciencia, en un momento de crisis;
cartas que se releen de memoria, pero sólo de memoria, siempre un poco distintas a sí mismas, cada vez más urgentes, oscuras y precisas.
Fotografías a prueba del paso de los años, alcanzándolos y reteniéndolos, como si respiraran,

postales que habrías recibido o no y el telegrama, con seguridad:

—Aquí estoy, otra vez, en lo mismo de siempre.

Junto a tu pobre amiga. Una belleza clásica:

—No volverás a intentarlo, ¿verdad? Nadie te dice que pienses en tu familia. Piensa.

—Haz como yo, que no pienso en nada; es la mejor manera de pensar. Concéntrate en eso.

—Hablemos una y otra vez de otra cosa. Tú que conocías a George, figúrate.

—Lo ascendieron en su base antiaérea. El mayor Catherwood, miembro de la nobleza.

—Pero aún da señales de vida, después de todo lo que a mí me pasó entre nosotros.

—Tan absurdo como la guerra mundial. Nunca podré entender a los ingleses,

con esa incapacidad de

renunciar como si nada afectara a su orgullo ni las peores cosas. Aunque hice una locura.

—Y te arrepentirás de no
haberlo aceptado. Porque
lo amabas digas lo que
digas.
—Y esto es lo peor de todo.
Unicamente esto.

Tú que tendrás que arrepentirte me niego rotundamente a decir de tus actos
pero sí de haberte deslizado, con el corazón en la boca por todo aliento
buscando otra salida en otra dirección en el momento mismo en que se abría esa puerta
como vuelve a su sitio la cubierta de un foso —qué temblor en las manos inválidas—,
a la realeza de una abatida tarde otoñal y, como en un cuadro de Bacon,
el mayor en el uso de una *doble licencia*:
militar y poética era la tarde misma, *tu último día en Inglaterra*, la emanación del fondo de su figura atrapada
en todo eso que mirabas rehusándote a verlo, por última vez:
oleaje inmóvil del cielo allanándose a la invasión de la noche nazi,
casas petrificadas oteando al horizonte por las ventanas vacías.

*—Dígale al señor que no estoy
en casa. Espere, dígale
que no estoy aquí de
ninguna manera ni en los
alrededores de Londres.
—Me refiero a mi viaje por
favor, usted sabe. Invente
este pretexto, él está en
antecedentes.*

Los recuerdos que no pudimos tener. No hay nada más difícil de
olvidar. Las intenciones que no llegaron al acto, los actos
suspendidos en la sorpresa y la violencia.
Todo esto nos lastra para siempre, tú sabes, aunque nos sea dada una
buena solución
para empezarlo todo por el principio. Los viejos problemas subsisten
en otra forma en los nuevos, para siempre insolubles por mal
planteados que fueran
o precisamente por eso y a los ojos sangrientos del sueño
nuestras transformaciones nos disfrazan como si no pudiéramos
cambiar.

Aunque hayas encontrado una buena salida, aunque no necesites
ahora de ninguna
lejos del laberinto, en la tierra de todos, junto a sus desposeídos
propietarios, aunque marches con ellos
cada uno en el orden de su pequeña comisión, tribu dispersa en
apariencia pero solidaria a lo redondo del mundo,
recibirás, a veces, la visita de tu sombra, esa persona extraña
en la que uno debe reconocerse cuando se mira al espejo
como si de ella brotara nuestra curiosidad, distraídamente, mientras
no la advertimos.
—El paso de los años— se suspira. Pero está también Dorian Gray.

Y te emplazarán a revivir a tus muertos. ¡Si sólo se tratara de
recordarlos!
A esa pobre muchacha, para empezar, tan a lo vivo que serás tú la
ausente
como en el día de su resolución.

—No se culpe a nadie, en
particular de mi muerte.
—Todo es igualmente culpable
y sobre todo yo que no
puedo soportarlo.

—Cuando empezó a hacerle
efecto el veneno se arrojó
por la ventana de puro
miedo.

—Felizmente vivía en un octavo
piso.

—Ah Grace, cómo podemos
bromear

"Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio".[1]

—¿Y qué me dices del golpe de
un cuerpo en el asfalto?
New York era una ciudad
imposible
celebrando a sus estúpidos hijos
condecorados, después de
Hiroshima y Nagasaki.

—Ninguno de ellos bueno para
una mujer en particular
como en un inmenso
colegio mixto
en que a una le revuelven el
pelo y le pisan los pies.
Fuera de unos cuantos
salvajes auténticos
los navajos, los siouk de la
literatura engolfados en
otros idiomas. Lenguas
muertas.
—Divisé a Nicanor Parra en
Harvard. Estaba afónico.

[1]Antonio Machado.

Es todo lo que pude saber
de tu país.
Pero no te lo reprocho; ni yo
misma me habría
contestado mis cartas
escritas para ocultarme mi
verdadera situación. Hasta
que sobrevino la calma
y el engaño cubrió a la
tempestad. Días amables,
te diré, lo fueran o no en
realidad, qué me
importaba eso.
Lo importante era creer que se
creía en algo. Nada del
otro mundo cuando no se
está en éste.
Así me reconcilié por una
temporada con el mundo,
sin ofrecerle, ahora
ninguna garantía.
Un pacto de buena voluntad
corporal entre almas
solitarias:
Una solución de emergencia
para un problema
insoluble. Inútilmente
perfecta
hasta en la aceptación de su
inutilidad; nos
despedimos como buenos
amigos
que no esperan encontrarse de
nuevo deseándolo.

Comprenderás: una
persona mayor
de esas que se retiran, en
cualquier caso, a tiempo.
Y la tempestad fue el único
anuncio de sí misma.

Desdoblamiento de tu voz en el murmurio
de los ausentes que proliferan en ti.
La noche te cuenta entre ellos: memoria fiel, hermana de los sueños
que nos devuelven el uso de la razón de la locura bajo nuestra
propia mirada
perdida para nosotros, sus objetivos ciegos.

Tú que tienes el hábito de lo irreal en la sangre, el sueño demasiado
fácil
para no fatigarte en tus cinco sentidos, que te sorprenderás
más de una vez olvidada de tu cita esencial, nuevamente abstraída
en ti misma, en el lampo
de un cielorraso cuajado de ideas luminosas:
fuga de las imágenes que el corazón hizo suyas, adormilado en ellas,
transfundiéndose
en la ardentía de esos sedimentos:
excrecencias vivientes emplumando una isla cuya proximidad
sientes cuando recae tu rostro entre las manos; que pretextarás una
indisposición pasajera
para volver sobre tus pasos perdidos, apremiada por llegar, sin saber
a dónde ir
en el soleado autobús polvoriento a un destino de hoteles, piezas con
vista a la igualdad del mar
donde leer a Proust en la igualdad del tiempo: "Todo tiempo es
presente".[2]

[2]T. S. Eliot.

Y el sol para los falsos veraneantes. Un sol "delgado, enfermo y sin familia".[3]
Podrás apagar los cigarrillos en el suelo, dibujar con los dedos mojados de ceniza
rostros de mármol falso, exhumar a tus muertos.
Que no has cambiado nada —te dijeron— y te pareció razonable.
Halagador primero, es decir, razonable
y luego una ducha de agua fría: años aparte se trataba de ti.
Tú que no sabes si en el fondo has cambiado como no se sabe en sueños quién de los otros es uno
—los ojos viven en la ignorancia de sí mismos y los espejos doblan esta ceguera penetrante—
que terminarás por alzarte de hombros frente a tu propia imagen, abatida
has vuelto en ti como una sombra a su sitio bajo la luz cenital, después de todo, recuperando
la multiplicidad de los sentidos y el sentido de lo real.
La misma de siempre, pero de otra manera, con naturalidad
y tranquilo dominio de tu sombra, visible
desde todos los ángulos como bella columna
que nos abre los brazos.

Este poema está escrito en varias voces. Hablan el narrador y dos mujeres. En cursiva los parlamentos de Raquel.

[3]Rosamel del Valle.

No hubo dolor en el momento justo
de oír sobre tu muerte. Fue como si tú mismo la hubieras anunciado
en uno de esos absurdos llamados telefónicos que solías hacer a tus amigos:
una broma sangrienta.
Y la inocencia que, a esas horas, se volvía irritante, la cigarra de una voz chirriando
en la paja seca del día. No hubo dolor
pero sí, Carlos, la inmediata certeza
de que contigo se eclipsaba la noche
sobre el desierto de un día estable y es como si cayera
un poco de ceniza del cielo sobre tierras eriáceas.

Me he llamado a lo real. Pero qué peso insoportable
tendría ahora un guijarro sobre la palma de la mano. Todas, todas estas pobres historias
diurnas no son sino desgarradoras. Aquí, también, esta visión confusa
y demasiado nítida de caras conocidas.
Si la vida no es más que una locura
lo que importan son los sueños y aún el delirio, la mentira piadosa
de las palabras en libertad arrojadas
al millar de los vientos nocturnos,
como en tu poesía: la oscuridad vidente:
palabras como brasas, balbuceos del fuego.

Se terminó de imprimir el día 14 de agosto de 1963 en los talleres de la Editorial Universitaria, S. A. Santiago de Chile